

otros doctores sospechosos; abjuraba sus errores, declaraba que se habia portado en este asunto como un caballero sin instruccion que no está versado en el estudio de la Escritura ni en las sutilezas de los sábios: pedia perdon por no haber observado los entredichos, y llegaba hasta el extremo de renunciar á su coronacion hecha en Roma.

Malogradas tantas negociaciones, Enrique de Virmberg, arzobispo de Maguncia y adicto á los intereses de Luis, reunió en la ciudad de Spira la mayor parte de sus sufragáneos, de cuyo número era el obispo de Strasburgo; lo que hizo por direccion del doctor Alberto, quien nos ha conservado los mas minuciosos detalles de este suceso (1). El resultado de esta especie de concilio fue enviar á pedir definitivamente al Papa la absolucion del Emperador; y en caso de negársela, volver á reunirse para deliberar sobre el partido que deberia tomarse. Recibió el Papa á los enviados con muestras nada equívocas de benevolencia, y les dijo al oido, poco menos que llorando: „tengo las mejores disposiciones con respecto á vuestro amo; pero me ha escrito el Rey de Francia que si le absuelvo sin su consentimiento, me tratará peor de lo que se trató al Papa Bonifacio.” Ordenó al momento que el delfin del Vienés condujese á los enviados por los montes y por los sitios menos frecuentados hasta Lausana; y despues escribió á Alemania que se habia interrumpido la negociacion por la im-

(1) *Alb. Argent. pag. 127.*

paciencia y falta de circunspeccion de los ministros de Luis de Baviera (1). Este asunto debia verse precisamente en la corte de Roma; y el mayor obstáculo para su buen éxito eran los preparativos de guerra que hacia Luis contra Francia, „cuyos intereses (añade) no puede abandonar la iglesia romana, porque ésta nunca ha sido abandonada de ella.”

16. Reuniéronse en el mismo mes en que se escribió esta carta todos los electores del imperio, á escepcion del Rey de Bohemia, en el territorio de Maguncia, y despues en Rentz, cerca de Coblentza (2), declarando que el imperio no dependia de los Papas en lo temporal; y obligáronse con juramento á conservarle en todos sus derechos contra cualquier potestad sin escepcion alguna, y aun á procurar que hiciesen lo mismo todos aquellos de quienes pudiesen lograrlo por cuantos medios estuviesen en su arbitrio, á pesar de cualquiera absolucion ó dispensa. El Emperador, animado con esto, convocó una dieta en Francfort, é hizo que se declarasen nulos los procedimientos de Juan XXII contra su persona. Esplicanse las razones en que se funda el decreto (3); se establece en él que la jurisdiccion espiritual y la temporal son distintas, de donde se infiere que todo lo que egecute el Papa contra el Emperador en este orden, es un verdadero atentado; y se impugna despues la preocupacion que atribuía al Pontífice el origen de la potes-

(1) *Rain. ann. 1338. num. 3. et seq.* (2) *Alb. Argent. pag. 129. = Repdorf. pag. 426.* (3) *Heivard. tom. 2. pag. 762.*

tad temporal, y privaba así de la autoridad como del título de Emperador al Rey electo de romanos, hasta que fuese consagrado y coronado por el Papa. Procuraron así destruir el principio de estas pretensiones, esto es, la plenitud de poder que se atribuían los Papas en lo temporal y en lo espiritual. Mas en medio de estos reflejos de luz, notamos la tiranía de las preocupaciones y máximas nuevas en el aprecio y recomendacion esclusiva del decreto y de la glosa de Graciano. Empleaban los partidarios de Luis de Baviera para la defensa de los principios antiguos la autoridad de este autor que los habia echado por tierra. Válense tambien, con la misma incoherencia de ideas y de discursos, de muchas autoridades del decreto y de la glosa para establecer que el concilio general, á que habia apelado Luis, es superior al Papa cuando se trata de la fe y del derecho divino. ¡Tal era la dificultad de destruir unas opiniones ya arraigadas que en el dia apenas acertamos á colocar en la clase de las cosas posibles!

17. Se dió al doctor Alberto de Strasburgo el encargo de llevar al Papa la resolucion de los Príncipes del imperio, y de representarle que su propio obispo no podia menos de tributar homenaje al Emperador Luis (1). Quiso al principio Benedicto XII aparentar que pensaba ya de distinto modo, y en la conferencia que tuvo con el enviado se esplicó con bastante dureza contra aquel Príncipe. Mas la

(1) *Chron. ann. 1338. pag. 129.*

disimulacion no era ciertamente el talento de tan digno Pontífice. Alberto le recordó los antiguos testimonios de benevolencia que habia dado al Emperador, y volviendo el buen Pontífice á su natural sencillez y afabilidad, dijo riéndose de su ficcion: „á lo menos no conviene que vuestro amo me incomode por los beneficios que ha recibido de mí.” Continuando Benedicto disgustado con su residencia en Aviñon que duró tanto como su vida, quedóse en el mismo estado un negocio tan espinoso durante su pontificado. No renovó sin embargo el anatéma contra Luis de Baviera, ni usó de ninguna violencia contra este Príncipe.

18. Dió Benedicto XII otra prueba de su moderacion, y de las sanas ideas que tenia acerca de la potestad eclesiástica, en el concilio de las tres provincias de Arlés, Embrum y Aix, que dispuso celebrar en el monasterio de San Rufo de Aviñon, y en el que quiso que presidiesen los arzobispos de estas provincias (1). Aboliéronse en él algunas prácticas estravagantes introducidas en la persecucion de los escomulgados, y que presentaban un aspecto contrario á la dignidad y á la mansedumbre eclesiástica, pues se acostumbraba tirar piedras á las casas de los que permanecian en las censuras sin curarse de la absolucion, ó se les ponía á la vista un ataúd para aterrarlos. El concilio ordena que no se use de otros medios que los que prescribe el derecho: el que no puede significar otra cosa que las

(1) *Conc. Hard. tom. 7. pag. 162.*

penas espirituales que acompañan á la escomunion por su propia naturaleza. Tambien manda que los clérigos beneficiados ó condecorados con los órdenes sagrados se abstengan de comer de carne el último dia de la semana, en honor de la santa Virgen para dar buen egeemplo á los legos. Por donde podemos observar, que la abstinencia del sábado, mandada trescientos años antes con motivo de la tregua de Dios, no estaba todavía establecida universalmente. Otro estatuto muy particular de este concilio es el que no obliga á los canónigos, aunque sean de catedrales, mas que á dos meses de residencia. Concédese un año para recibir los órdenes sagrados á los que por su constitucion debian ser promovidos á ellos. No se puede por consiguiente culpar á Benedicto XII de haber ignorado las reglas de una tolerancia necesaria mientras no se podia lograr un restablecimiento mas perfecto. Muéstrase su condescendencia para con el Príncipe y con la nacion en que residía, por la promocion que hizo en el año 1338 de seis cardenales, uno solo italiano, y los cinco franceses.

19. Llegaron á Aviñon al principio del mismo año unos enviados del gran kan de los tártaros, con una carta en que se llamaba á sí mismo Emperador de los Emperadores. Tampoco se escaseaban al Sumo Pontífice los títulos honoríficos. „Enviamos (decia) nuestro embajador Andrés Franc, con quince asociados, al Papa, Señor omnipotente de los cristianos, mas allá de los siete mares donde se pone

el sol, para que abran el camino á los otros ministros que pensamos enviar frecuentemente al gran Pontífice del Dios Supremo, como tambien á todos aquellos que le rogamos nos envíe. Le suplicamos que nos eche su bendicion paternal, que nos tenga siempre presentes en sus poderosas oraciones, y que le merezcan alguna atencion los alanos cristianos, nuestros siervos é hijos suyos.” La fecha es de Chambalú, centro de la mision de Juan de Monte-Corvino, en Tartaria.

Cuatro Príncipes de la nacion particular de los alanos habian unido sus cartas á la del kan. Se reducian estas á decir que los habia guiado mucho tiempo por el camino del cielo el arzobispo Juan, hombre escelente, cuya muerte estaban llorando y la habian llorado por espacio de ocho años. „Hemos oido decir (continúan) que nos habeis dado otro pastor; pero desde el principio de este dilatado luto estamos sin prelado y sin consuelo espiritual, y suplicamos á vuestra Santidad que nos le envíe lo mas pronto que pueda.” Era este fray Nicolás, del orden de San Francisco, designado mucho tiempo antes por sucesor de Monte-Corvino, aunque no habia llegado todavía. Los Príncipes alanos suplicaban tambien al Papa que estableciese con el Emperador su amo una correspondencia de enviados recíprocos, y que cultivase con esmero la amistad de un Príncipe que podia hacer mucho bien ó mucho mal á la Religion.

Recibió el Papa afabilísimamente á estos envia-

dos, mandó que se les hiciesen grandes honores, y al tiempo de ausentarse los llenó de regalos. No solo respondió al gran kan y á los alanos, sino que escribió otras muchas cartas á varios Príncipes tártaros, con una profesion de fe. Cuatro meses despues envió á aquellas regiones distantes cuatro frailes menores, autorizados con el nombramiento de nuncios apostólicos por diez años.

Al mismo tiempo habia en Italia algunos armenios impostores que se llamaban obispos, y maltrataban á los católicos de su nacion, esto es, á los que miraban con horror los sueños impíos de algunos eutiquianos, y otros muchos absurdos que corrian con crédito en Armenia. Dentro de la misma ciudad de Roma, Atanasio, que se daba el título de obispo de Veric, hacia los mayores esfuerzos para propagar estos errores; y á fin de hacer que cayesen en ellos los armenios ortodoxos, les manifestaba una aversion insultante, los trataba de renegados, encarceló á muchos, y los atormentaba con todo su poder. Pedro, que pretendia ser tenido por obispo de Nazaret y patriarca de Jerusalen, observaba la misma conducta en Pádua, y le imitaba en Florencia su vicario Ezequiel. Pero no pudieron evadirse de la justa severidad del Papa Benedicto, el cual dió orden al obispo de Anagni, su vicario en Roma, y á los obispos de Florencia y de Pádua, para que reprimiesen á aquellos impostores y se asegurasen de sus personas.

20. Un monge de oriente, mucho mas bien in-

teneionado, y que sin embargo no pudo desempeñar con felicidad su comision, pasó á la corte de Roma de parte del Emperador Andrónico para tratar de la reunion de los griegos con la iglesia romana (1). Llamábase Barlaam, era abad del monasterio del Salvador, y le apadrinaba Estévan Dándalo, noble veneciano. Pero su principal crédito consistia en las cartas de recomendacion que llevaba de los Reyes de Francia y de Nápoles. El Papa y los cardenales, que en efecto habian manifestado su celo por la union, quisieron que los griegos presentasen un escrito que contuviese sus proposiciones, lo que hicieron en esta forma: „Se pueden discurrir dos medios de efectuar la reunion deseada, á saber; la fuerza y la persuasion. Dejemos á un lado el primero que no os desagrada menos que á nosotros, y consideremos el segundo atentamente en los dos aspectos que ofrece, como que es relativo á los sábios y á la gente del pueblo. Si pasan treinta ó cuarenta doctores nuestros á tratar con vuestra Santidad, no dudo que convendrán con vos, porque no os mueve ninguna pasion, y solo buscáis el triunfo de la verdad. Pero cuando vuelvan á oriente, no podrán hacer que el pueblo tenga confianza en vuestras palabras. Las preocupaciones, la vanidad, la envidia, y en algunos la falsa apariencia del bien, malograrán el celo de los mediadores, y quizá los espondrán á grandes peligros.

(1) *Allat. Cons. pag. 788.*

„Voy á proponer el único medio que me parece eficaz para atraer la clase popular y á los sábios. Ningun fiel ignora que se han celebrado seis concilios generales, y que cada una de estas divinas asambleas ha servido de dique contra los errores que se esparcian en la Iglesia; de modo que el pueblo está persuadido á que se debe creer lo que decide un concilio ecuménico. Por tanto, si se celebrase uno sobre los puntos en que no convenís con los griegos, todos los orientales se sujetarian gustosos á lo que se decidiese. Si alguno dijese que á este fin se ha celebrado ya el concilio de Leon, sepa que el comun de los griegos no le admitirá jamás, porque los que asistieron á él de esta nacion, no fueron enviados por los cuatro patriarcas, ni tuvieron la aprobacion del pueblo, sino que únicamente fueron autorizados por el Emperador, el cual no usó de ningun miramiento. Si os agrada pues esta idea de celebrar un concilio, dad principio á la obra enviando á la iglesia de oriente legados temerosos de Dios, llenos de caridad y de modestia, con cartas para invitar á los patriarcas de Constantinopla, Alejandria, Antioquia y Jerusalem y á los demás obispos, á unirse con vos, á tratar las cuestiones con una concordia verdaderamente fraternal, y á decidir segun las inspiraciones del Espíritu Santo.”

El interés temporal de los griegos tenia siempre una gran parte en todo lo que intentaban con respecto á los latinos, por mas piadosos que fuesen

sus mediadores. Teniendo presente esta consideracion el virtuoso Barlaam, continuó en estos términos, los cuales dan á entender que el solitario era hombre de talento y de inteligencia. „Mucho tiempo ha (dijo) que los turcos quitaron á los griegos cuatro ciudades considerables del Asia menor, é introdujeron en ellas su religion malvada. Queriendo sus habitantes volver al cristianismo, han hecho saber al Emperador mi amo que si se presenta con un ejército, le entregarán estas plazas; pero no hallándose el Emperador con tropas suficientes, ha implorado por mi medio el auxilio del Rey de Francia, para una espedicion que ha de ser la ruina de los infieles. Si volviésemos á hacernos dueños de estas ciudades, nos abrirán las puertas todas las que están situadas entre ellas y la Grecia, perderian los turcos todas sus fuerzas marítimas, y se lograria un paso libre para la tierra santa. Pero os suplicamos que el auxilio preceda ó á lo menos acompañe á vuestros legados, porque las exhortaciones serán eficaces, si llegan despues de los beneficios. Entonces podrá decir el Emperador al patriarca y á los demás prelados: ved la rectitud y la generosidad de los latinos: no se trata aquí de buenas palabras y de promesas sospechosas, sino de servicios efectivos y de obras esenciales que reclaman nuestra amistad. ¡Qué mayor felicidad para nosotros que unirnos inseparablemente con ellos! Pero mientras nuestro amo se ve atormentado de los turcos, ni podrá hacer que se reúnan los cua-

tro patriarcas y los demás obispos, ni asistir él mismo al concilio.

„Se me responderá tal vez: empiezen los griegos por la reunion, y luego iremos volando á socorrerlos. Pero en primer lugar, los crueles musulmanes no maltratan solamente á los griegos, sino que se portan del mismo modo con los armenios, rodios, cipriotas y otros muchos cristianos que habitan en las islas. No persiguen á los griegos como griegos, ni como divididos de vosotros, sino al contrario como que profesan y practican una misma religion. Por consiguiente peleando contra los turcos, no favoreceis tanto á los griegos como al cristianismo. Mientras subsista nuestro imperio, os será mucho mas fácil, uniéndoos á nosotros, acabar con el poder de estos bárbaros, cuya táctica y estratagemas nos son conocidos. Por otra parte, en los dominios de los turcos y de los sarracenos hay muchos cristianos, y aun renegados, muy afectos á nuestros Emperadores. Si, lo que Dios no quiera, sucediese que nuestro imperio experimentase la ruina total que le amenaza, se harian tan poderosos sus destructores que se reirían de vuestras amenazas y de vuestros esfuerzos. Ciertamente dariais oidos á los turcos si llegasen á proponeros que os unieseis con ellos para destruir á los sarracenos, porque os seria mas ventajoso hacer de este modo la guerra á los sarracenos, que combatir solos contra estas dos naciones. Pues lo mismo os sucederá si os unis con los griegos en vez de

pelear solos contra los griegos y turcos. Tened bien entendido que lo que separa á los griegos de los latinos, no es tanto la diferencia de doctrina, como el resentimiento que conservan de los grandes males que han recibido de ellos en varias ocasiones; y este obstáculo para la union no puede quitarse sino por medio de un beneficio muy señalado que les hagais. Sabed en fin, que no me envia á vosotros el cuerpo de la nacion griega, sino el Emperador solo, y con mucho secreto, porque es indelicible el riesgo á que se espone manifestando que desea la union, si ante todas cosas no hace presente el socorro que le destinais.”

Habiendo examinado con madurez el Papa y los cardenales las proposiciones de Barlaam, hallaron un inconveniente capital en el proyecto de congregar un nuevo concilio; porque además de las guerras y turbulencias que imposibilitaban casi de todo punto esta convocacion, temieron la nota de que pareciese dudaban de lo que se habia decidido tantas veces acerca de la procesion del Espíritu Santo. En la respuesta á Barlaam no solo se alegó el concilio de Leon ó Lugdunense, en que se habia hecho la reunion por el grande interés que tomó en ella el Emperador Paleólogo, sino que se insistió con particularidad en el concilio de Éfeso, generalmente reverenciado, y en el cual, con motivo del noveno anatéma de San Cirilo, este padre y todos los demás manifestaron claramente que creían que el Espíritu Santo procede del Hijo no menos que